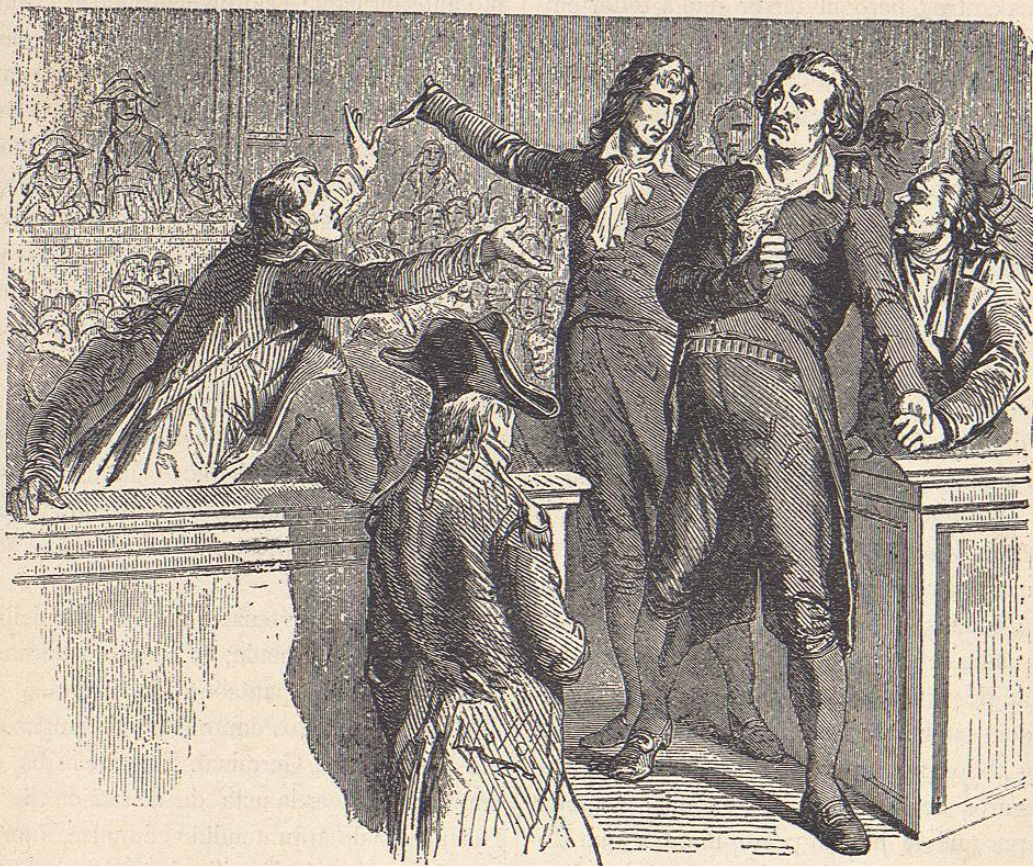


blar en favor de Danton y de Lacroix, cuya honra ponderó y de la misma manera absolvió á Fabre de Englatine de toda participación en la falsificación llevada á cabo por Delaunai y consortes.

Entonces Fabre pidió que se le comunicaran los documentos en que constaba la dicha falsificación, documentos que probaban hasta la evidencia su inocencia, y el infame jurado que lo sabía se lo negó,

porque allí estaba no para hacerle justicia, sino para matarle. En vista de esta iniquidad que revelaba bien á las claras la resolución del tribunal, Fabre se negó á toda explicación ni defensa, pidiendo á la justicia que su sangre cayera sobre sus acusadores. Entonces hubo de recordar Fabre sus declaraciones contra los girondinos, y como hombre de corazón estimar su muerte como una expiación. Terminado



Danton y Camilo delante del Tribunal.

éste, que no fué incidente del gran proceso sino preludio del mismo, se acometió la ardua tarea de hacer callar á Danton.

Como lo temían sus jueces, Danton, en vez de defenderse acusaba y le pedía al tribunal que escribiera á la Convención para que nombrara comisarios á fin de recibir su denuncia contra la dictadura de los comités. El tribunal, naturalmente, se negó. Entonces reclamó sus testigos de descargo, Fouquier se negó también á llamarlos, pero ante las indignadas é imperiosas intimaciones de los acusados, prometió escribir á la Convención para que determinara.

Resuelto esto, Danton, como el mismo dijo, «descendió á justificarse.» Contó toda su vida política y reclamó toda la gloria y toda la responsabilidad del 10 de Agosto que declaró su obra personal, re-

vindicando la responsabilidad de la muerte de Mandat y terminó su apología diciendo: «Desde hace dos días el tribunal conoce á Danton; mañana él espera dormir en el seno de la gloria; jamás ha pedido gracia y subirá al cadalso con serenidad.»

No una sino varias veces los aplausos cubrían su voz y no parecía sino que Danton estaba en la Convención en los momentos de hablar en defensa de la patria y de la república.

El presidente tomando pretexto del cansancio de Danton, levantó la audiencia.

Por la noche Fouquier-Tinville fué á enterar de lo ocurrido al Comité de salvación pública, y como allí dijera que era imposible legalmente negarse á la audición de los testigos de descargo, Saint-Just y Billaud-Varennes amenazaron con sus rigores al

odioso fiscal que se retiró resuelto á cubrirse una vez más de infamia para salvar de momento su vida.

Al otro día,—4 de Abril,—el proceso se abrió con el de Hérault de Séchelles acusado de haber vendido los secretos del Comité de salvación pública á los extranjeros, según resultaba probado de

unos documentos que se habían hallado á bordo de un buque austriaco. Estos documentos Robespierre se los había pasado al tribunal y todavía existen en los Archivos nacionales de Francia. Ahora bien, en ellos para nada se habla de Hérault de Séchelles. Este pidió que se le comunicaran y dicho se está



Ejecución de los dantonistas

que el presidente se negó. Hérault, pues, sucumbía víctima de una acusación falsa que tuvo por cómplices á sus jueces. La infamia no se podía llevar más lejos.

Camilo tuvo que defenderse y defender su *Vieux Cordelier* que era el incriminado. Esto nos dice que se le mataba porque había pedido que terminara el terror. Como no era orador y además era algo tartamudo, no se extendió en su defensa, pero tuvo un final elocuente: «Yo,—dijo,—abré la revolución, mi muerte la cerrará.»

Vino luego Lacroix que hizo interesantes revelaciones sobre los meses del 31 de Mayo y del 2 de Ju-

nio, y tras él Philippeaux cuya caballeresca resolución de morir por la verdad que había denunciado y que tanto había mortificado á Robespierre, volvió á excitar la multitud en tan alto grado como en el día anterior lo había hecho la grandilocuencia de Danton, por lo que Fouquier-Tinville, que ya no sabía en dónde darla, se resolvió á escribir al Comité de salvación pública sobre la audición de los testigos, y pedía claramente que se le trazara su línea de conducta, avisando que ínterin se suspendía la audiencia porque no sabían qué hacer.

Saint-Just corrió á la Convención para enterarla de que á causa del tumulto de los culpables se había



tenido que suspender la acción de la justicia y que era necesario que la Convención tomara sus medidas, y sobre este tema cuya falsedad no repugnó á aquel fanático, estuvo declamando largo rato, y de paso denunciando á la pobre Lucila á la que acusó de estar repartiendo dinero para una sublevación en favor de su marido, cuando lo único que había de cierto es que se habían establecido inteligencias entre varios presos y patriotas para un movimiento popular, conspiración que denunció un traidor y que pagó Lucila con su hermosa y juvenil cabeza. En suma Saint-Just hizo votar á la Convención un decreto conforme al cual «todo procesado por conspiración que recibiera é insultara á la justicia nacional quedaba de hecho excluído de los debates.» Esta fué la arma que Saint-Just lanzó desde la tribuna de la Convención á Fouquier-Tinville para degollar á los dantonistas, Amar y Voulland corrieron á llevarse. Fouquier leyó el decreto y apenas terminó, Danton fuera de sí, pero cada vez más elocuente, apostrofó á Amar y á Voulland tan duramente, que la multitud principió á gritar, ¡traición! ¡traición! lo que hizo temer al tribunal por su propia seguridad apresurándose á levantar la audiencia.

Abrióse ésta al día siguiente,—5 de Abril,—á las nueve de la mañana.

El tribunal estaba resuelto. El temor de un movimiento popular se había desvanecido. La ocasión de estallar había pasado y los comités vigilaban. Así, Hermann, valiéndose del decreto que autorizaba á los jurados á cerrar los debates después de tres días de audiencia, declaró la causa vista.

En su vista Danton declaró que no quería disputar su vida á sus asesinos, su vida que sólo la quería para que fuera útil á su patria que tanto había amado, y volviéndose al pueblo, le dijo: «¡Pueblo, acuérdate de Danton!» Camilo que había escrito su defensa la extrujo febrilmente entre sus manos y habiendo hecho con ella una bola se la arrojó á la cabeza de sus jueces. Este papel recogido no se sabe por quién, fué á parar en manos de la madre infeliz de Lucila, que lo guardó como una sagrada reliquia de sus pobres hijos y para la posteridad y oprobio de Saint-Just.

En medio de estas protestas fueron lanzados del tribunal y contra lo prevenido por la ley se les condenó é hizo la sentencia sin estar ellos presentes.

Al mediodía estaban los quince condenados de este día en la plaza de la Revolución.

Herault de Sechelles fué el primero en subir á la

guillotina y como quisiera besar á Danton por despedida y el verdugo les separara: «Anda allá,—le dijo, el gran atleta de la revolución,—si no has de impedir que nuestras cabezas se besen en el cesto.» Camilo murió como un desesperado teniendo entre sus manos un rizo de los cabellos de Lucila, que debía morir como un hombre. «Esto es,—dijo al pié de la báscula,—una recompensa digna del primer apóstol de la libertad.»

Danton fué el último. Garat cuenta en sus Memorias que ya en lo alto del patíbulo fijó su vista largo rato en el cielo como queriendo adivinar los secretos de la otra vida, que él mismo se arrancó á su éxtasis, y volviéndose al verdugo, le dijo: «Vamos: y muestra mi cabeza al pueblo, que de ello vale la pena.» Y su cabeza cayó.

Veinticinco días después nuevas víctimas comparecían ante el tribunal. Ni una sola halló gracia.

Chaumette y el infeliz obispo de París, Gobel, el bravo general Beysser, uno de los defensores de Nantes, la viuda de Hebert y la viuda de Desmoullins formaron parte de estas nuevas *carretadas*.

Sobrado hemos hablado del hombre y del patriota para tener que recapitular sus hechos que hemos tenido que juzgar por sus consecuencias en el momento mismo de exponerlos. Pero no podemos cerrar este capítulo y lo que ha sido objeto del mismo, sin repetir el juicio que de su muerte hizo uno de sus verdaderos matadores, Billaud-Vareannes, que vivió lo sobrado para poder reflexionar sobre sus actos.

«Si yo he tomado parte en su muerte,—decía,—lo hice movido de un odio espantoso. La desgracia de las revoluciones es que se hace necesario marchar muy á prisa. ¡Se obra en plena y violenta fiebre, bajo la presión del temor de ver abortar vuestras ideas!... ¡Danton y sus amigos eran patriotas invencibles en la tribuna y en la acción pública, y los asesinamos!

»Danton estuvo admirable por su valor y sus recursos en los años 92 y 93; hizo el 10 de Agosto; no quiso el poder nominativamente... ¡Qué calma y actividad más poderosa la de este hombre en las circunstancias difíciles! ¡Qué espíritu más vasto! ¡Cuánta facilidad!

»En fin, estoy convencido,—decía,—de que no hubiera sido posible el 18 de brumario,—cuyos beneficios, digámoslo en su honor, no aceptó Billaud,—si Danton, Robespierre y Camilo hubiesen permanecido unidos al pié de la tribuna.»



## CAPITULO X

### TRIUNFO DE LA REPÚBLICA

Cómo se hizo la disciplina en el ejército.—Organizanse catorce ejércitos.—Plan de reorganización del ejército: Dubois-Crancé.—Solución que se da al conflicto entre Pichegru y Hoche.—Prisión de Hoche.—Cómo le salvó Carnot.—Carnot.—Carnot y Robespierre.—Organiza la victoria.—Cómo le auxilia la diplomacia francesa.—Sus trabajos en Suiza, Italia, Holanda, España, Turquía y Suecia.—Intervención de Inglaterra.—Proyectos de Francia contra Inglaterra.—Plan de Cranot.—Su crítica.—Las operaciones en el Norte.—Derrotas de los franceses.—Pérdida de Landrecies.—La política impide el avance del ejército.—Disidencia entre Charbonnier y Carnot.—Sus consecuencias: derrota de los franceses.—Souham y Moreau derrotan á Clerfayt.—Toman los franceses á Menin.—Nueva derrota de Clerfayt.—Batalla de Turcoing.—Francisco II derrota á Pichegru.—Thugut aconseja la evacuación de Bélgica.—Sus antecedentes: Rusia y Turquía.—Recelos de Prusia.—Conciertos entre Rusia y Austria.—Proyectos de Inglaterra: opónese Thugut.—Tratado de la Haya: lord Malmesbury y Prusia.—Política prusiana: Alvensleben.—Incertidumbres de los generales: el archiduque Carlos marcha á Viena.—Política de Rusia.—Intervención de Polonia.—Errores de Sievers.—Es destituido.—Miserable actitud del rey Estanislao.—Conspiración de Kapostas.—Kosciwko se pone al frente de la conspiración.—Entusiasmo del ejército polaco.—Apuros de Igelstroem.—Reducción del ejército polaco.—Decídese Kosciwko.—Avisa á Francia.—Levantamiento de Madalinski.—Kosciwko en Cracovia.—Triunfan los polacos en Raclawicz.—Levantamiento de Varsovia y Grodno.—Luchessini aconseja que se abandone la guerra de Francia por la de Polonia.—Vacilación del rey de Prusia.—Thugut pide explicaciones á Rusia.—Declárase pronta á abandonar la guerra de Francia y atacar á Prusia.—Resuelta actitud de los prusianos.—Marcha de Federico Guillermo á Cracovia.—Diplomacia de Kosciwko.—Francisco II abandona la guerra de Francia.—Resuélvase la evacuación de Bélgica.—El príncipe de Kaunitz derrota los franceses en la Sambre.—Derrota de los franceses en Charlevi.—Acude Jourdan.—Primera batalla de Fleurus: es rechazado Jourdan.—Saint-Just en el ejército.—Toma de Charleroi.—Segunda batalla de Fleurus: triunfo de los franceses.—Operaciones de Pichegru.—Reunión de Pichegru y Jourdan.—Operaciones navales.—Victoria de Inglaterra.—Insurrección de Santo Domingo.—La guerra con España.—Aranda continúa oponiéndose á la guerra.—Disgustos con Godoy.—Aranda procesado criminalmente.—Muerte de Ricardos.—La Unión en los Pirineos Orientales.—Entrada de los franceses en Guipúzcoa.



MIENTRAS la lucha de los partidos políticos destrozaba en el interior la república poniéndola á cada instante en peligro, la lucha con el exterior daba el triunfo á los republicanos, de modo que su seguridad y estabilidad le venía á la república por donde debía venirle la muerte.

La Convención hizo disciplina en el ejército de la misma manera que trató de hacerla entre las clases civiles por el terror. Ya hemos visto de qué ma-

nera trataba á los generales y esto sólo debía darnos la seguridad de que los *sans-culottes* de sus batallones habían de pasar por igual rasero aun cuando este no fuera «el rasero nacional,» como llamaba Hebert en su diario á la guillotina. Este rigor con todos, junto con la opinión unánime de todos los partidos en favor del ejército, opinión que como ya hemos dicho, era el lazo único de unión que unía á todos los republicanos, hizo que al abrirse la cam-